

## CAPÍTULO LXXVI

---

### LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES DE COSTUMBRES.

La transformación experimentada en todos los órdenes de la vida social fué tan profunda desde el año 30 hasta la mitad del siglo, que no podían menos de aparecer escritores en España que procurasen describir los nuevos cambios de opinión y de costumbres. Lo mismo que en la Lírica y en la Dramática, fueron varios y muy distinguidos los escritores que á ella dedicaron sus plumas é inteligencia.

Los trabajos en prosa pasaron, como todo, por alternativas y ensayos hasta su más adaptable aceptación. Desde principios del siglo se habían adoptado ya los nuevos rumbos. Los dignos representantes de la escuela antigua, Quintanas, Gallegos, Villanuevas, siguieron escribiendo con la misma pureza de dicción y exquisito gusto literario que eran en ellos habituales.

Las periodísticas labores iniciadas cuando las famosas Cortes de Cádiz, la oratoria parlamentaria que entonces tuvo comienzo, hicieron que las modernas ideas se divulgaran en España para bien de su civilización. Ya en todo el reinado de Carlos IV se había aumentado mucho la influencia de la literatura francesa en la castellana, que luego se acrecentó con la invasión napoleónica y las reformas políticas introducidas.

Desde la revolución del 20 hasta la muerte de Fernando VII, hubo escritores de fina penetración que se dieron cuenta de que las ideas liberales llegarían á dominar en la opinión, siendo ineficaz cuanto se hiciera para impedirlo.

Uno de ellos fué el clérigo don Sebastián Miñano, que con el pseudónimo del *Pobrecito Holgazán*, ú otros, trazó bocetos interesantes sobre las costumbres de su tiempo, haciendo ver que era todo mezcla de hipocresía y conveniencia particular, lo que se practicaba como pureza de religión y defensa de la fe, que casi naufragaba en aquel mar tan revuelto de opiniones y mudanzas. Las colecciones de cartas de Miñano hicieron gran efecto en todas las clases, lo mismo en España que en América, y contribuyeron á que fuesen recibidas con satisfacción las mejoras que el progreso de los tiempos hacía indispensables. Escribía Miñano

con claridad, y fué autor muy perspicaz y notable, aunque los reaccionarios han hecho todo lo posible por rebajar y desconocer sus méritos.

Miñano había nacido en 1779 y murió en 1845. Su fama como escritor de costumbres intencionado y fecundo en la crítica época que vivió, ha de recordarse con justicia.

Debemos citar ahora á otro autor de venerable memoria, amigo de Quintana, y que como pintor de costumbres del siglo XVIII nos ha dejado modelos tan naturales como encantadores. La sencillez campesina está admirablemente descrita en la composición que copiamos, celebrada por Valera como digna del mismo Teócrito. Se titula *La sed de agua*. Dice así:

De la fuente Inés volvía,  
Y el peso la fatigaba  
Del cántaro que llevaba,  
Pues quince años no tenía.  
Contra su seno agitado  
Su blanco y desnudo brazo  
Ceñía con dulce abrazo  
Aquel cántaro envidiado.  
Descargóle y tomó aliento  
Sobre una florida alfombra,  
Bajo la sonora sombra  
De un olmo que mece el viento;  
Cuando acertára á pasar  
Por aquel sitio Lisardo,  
El mancebo más gallardo  
De todos los del lugar.  
El llevaba sed, y al ver  
El cántaro, le dió más,  
Y dijola «Inés, ¿me das  
De ese cántaro á beber?»  
Ella los ojos alzó,  
Y mirando su semblante  
Halagüeño y suplicante  
Respondióle «¿por qué no?»  
Y con su mano graciosa  
La punta del delantal  
Pasaba por el brocal  
Del cántaro, vergonzosa.  
«Excusado es tanto esmero  
En limpiar el borde, Inés,  
Dijo el zagal, si no es  
Que otro ha bebido primero.»  
Ella dijo: «en el vasar  
Siempre por mi madre ha estado  
Este cántaro guardado  
Sin dejármelo estrenar.»  
Bien lo conoció el mancebo  
Cuando comenzó á beber,  
Que es fácil de conocer  
Agua de cántaro nuevo.  
Y como mientras bebía,  
A la zagala miraba,  
Su boca se refrescaba,  
Pero su pecho se ardía.  
«No bebas tanto, zagal,

Decía Inés, retirando  
El cántaro suspirando;  
Hacerte pudiera mal.»

Lisardo, por el contrario,  
Se empeña en beber sin tasa,  
Y el cántaro por el asa  
Arrebata temerario.

Pero lo que sucedió  
Con semejante violencia,  
Fué que en la fatal pendencia  
El cántaro se rompió.

El grito más doloroso  
Por la cuitada lanzado,  
A los ecos fué llevado  
Por el viento vagaroso;

Y de color y sentido  
Privada, al suelo viniera,  
Si el mancebo no la hubiera  
En sus brazos recibido.

«¡Ay! ¡triste de mí!, exclamaba  
Cuando en su acuerdo volviendo,  
Los bellos ojos abriendo,  
En llanto los inundaba.

«Mi madre bien me decía  
Que el cántaro no expusiera;  
Mas yo, que tan frágil era  
El cántaro, no creía.

«¿Quién había de negar  
Una sed de agua, ni quién  
Pensara que el hacer bien  
Tan caro suele costar?»

«No lo hice á mal hacer,  
Dijo el mozo á Inés; perdona  
Si las quiebras mi persona  
Te puede satisfacer.

«Dame la mano, y de aquí  
Los dos á tu casa iremos;  
A tu madre le diremos  
Cómo el cántaro rompió.

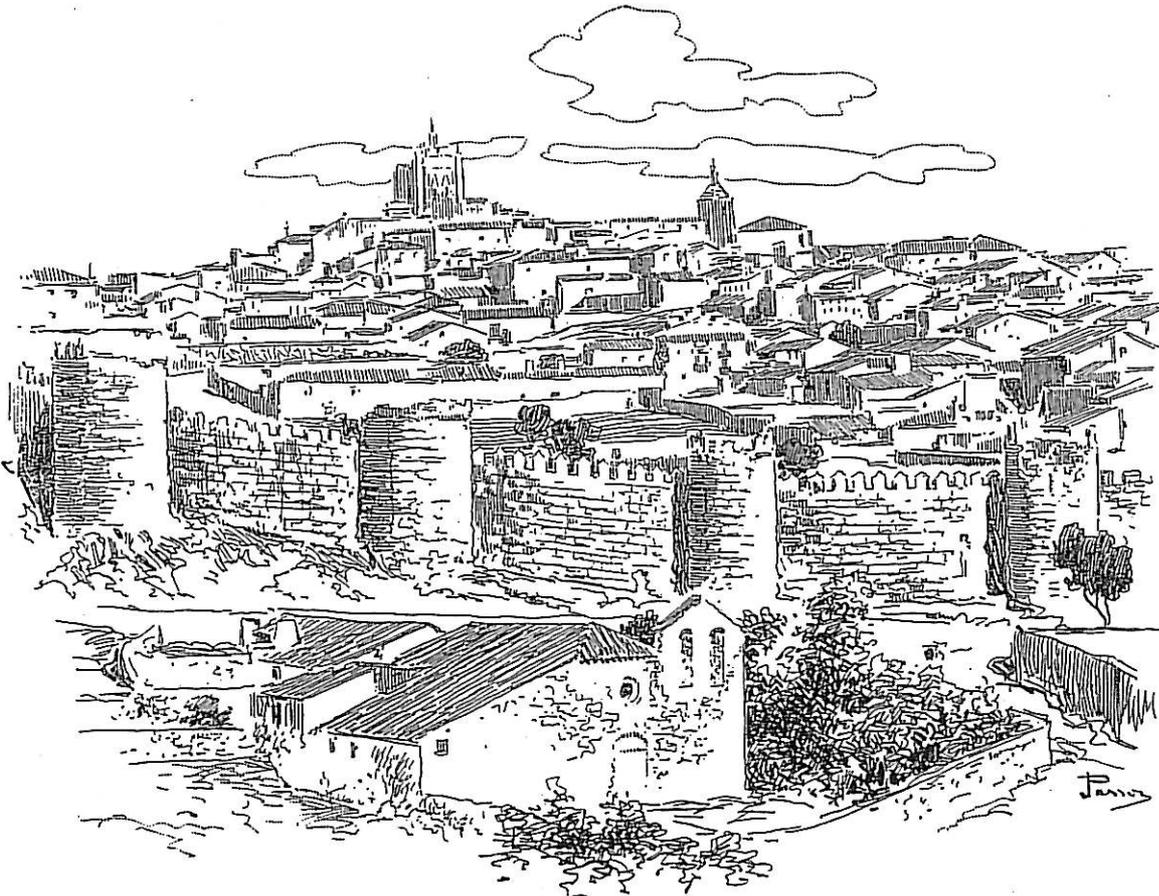
«Que yo de barro tan tierno  
No lo juzgué ciertamente,  
Mas pues fué un día á la fuente,  
No había de ser eterno.»

Había nacido don José Somoza en Piedrahita (Ávila), el 29 de Octubre de 1781.

Fué muy travieso y terco en su niñez, rehusando seguir una carrera y gozando indeciblemente con vivir en la soledad y en la vida más retirada, dedicado á la familia.

Quintana, que le conoció y apreció mucho, lo mismo que á su familia, le dedicó uno de sus tomos de poesías selectas. Son muy de notar los siguientes encomios:

«Hay en las sierras y soledades de Piedrahita, un hombre que reúne al corazón más afectuoso y sensible la razón más fuerte y despejada... Cultiva las Mu-



Ávila.

sas y la Filosofía con ardor y es dichoso con ellas, porque las cultiva para su propia felicidad, y no para la fama... Ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester... Sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplación pensamientos grandes y profundos, sentimientos elevados y generosos, que él expresaría, si quisiera, con la energía de Ossian y con la pluma pintoresca de Thompson.»

Llama don Juan Valera á Somoza «filósofo práctico lleno de sencilla y espon-

tánea originalidad», y añade que las mejores ideas y los más nobles sentimientos del siglo XVIII habían penetrado y tomado asiento en su alma.

Su amor á la paz, su verdadera filantropía, su absoluta carencia de ambición y codicia, y la afectuosa complacencia con que vivía en la soledad y se deleitaba admirando la natural hermosura de las cosas, hubieran debido hacer,—palabras textuales del sabio Valera,—de don José Somoza, un egregio poeta, si hubiera desdeñado menos la fama y cultivado con mayor perseverancia y ahinco sus propias facultades.

A pesar de la obstinación con que se negaba siempre á todo lo que pudiera darle notoriedad, le fué absolutamente imposible rechazar algunos cargos públicos que se vió obligado á desempeñar; por ejemplo, el de jefe político de Avila y la representación en Cortes durante los años 1834 y 36.

Estuvo muy vigilado en los últimos años de Fernando VII, y no fueron escasos los disgustos que le proporcionaron, con sus innobles asechanzas, los partidarios del obscurantismo.

Escribiendo en prosa era tan sencillo como en sus versos. Las narraciones que ha dejado, donde constan sus impresiones y recuerdos, son bocetos llenos de ideas con encantos de sencillez.

El modo de vivir y proceder de este filósofo y digno escritor de costumbres, fué en realidad sorprendente.

«Cuidando primero (dice Valera) de su hermano mayor enfermo, y al lado después de su hermana viuda, en Piedrahita, en el mismo cuarto en que había nacido y en la casa solariega de su padre y de sus mayores, terminó su existencia, el día 4 de Octubre de 1852.»

Aun no había cumplido 71 años.

Escritor de muy diversas aptitudes y gustos, pero de verdadera y especial nombradía para describir las costumbres, fué don Serafín Estévez Calderón, tío y protector que fué del célebre hombre público y literato, don Antonio Cánovas del Castillo. Dedicóle su agradecido sobrino en la interesante obra *El Solitario y su tiempo*, el profundo testimonio de su reconocimiento, y formó un juicio literario digno de sumo aprecio.

Estévez Calderón había nacido en Málaga el 27 de Diciembre de 1799. Estudió la carrera de Derecho en la universidad de Granada, y la lectura de los más excelentes modelos de nuestro gran siglo literario, entonces mal mirado y poco comprendido, depuraron en él el gusto más acendrado para la concepción y cultivo de las exquisitas formas y de la labor estética.

Con sus aficiones bibliográficas coadyuvó á que fuesen conocidos y estudiados muchos libros del siglo de oro de nuestras letras; y describiendo las costumbres de sus contemporáneos, especialmente las que él había conocido más á fondo en las provincias andaluzas, hizo asombrosas miniaturas con parecidos tales en la expresión, las palabras, dichos, modismos, frases y modos de ser social y popular

de ciertas clases, que admira la semejanza del retrato y deleita la propiedad, gala y destreza del lenguaje. Resultan así sus *Escenas andaluzas* cuadros inapreciables y únicos en su género, de su propia inventiva, inspiración y factura.

«No (dice un docto crítico) por la erudición y por la crítica; por el esfuerzo de su entusiasmo y de su fantasía, consiguió Estévanez más que otros bibliófilos, produciendo por inspiración y por imitación esmeradísima y dichosa revividos modelos, dechados admirables del antiguo estilo, ya en prosa en las *Escenas andaluzas*, ya en verso, en composiciones dignas de Quevedo ó de Góngora, ó en romancillos como *la miga y la escuela* y *la Niña en feria*.»

Los trabajos históricos que dejó don Serafín y su discurso de recepción en la Academia de la Historia son muy notables y estimados.

Llegó á desempeñar muy altos cargos. Fué ministro togado del Supremo Tribunal de Guerra y Marina, Consejero de Estado y senador del Reino.

Había sido, en 1849, Auditor del ejército español, que fué á Roma para la restauración de Pío IX.

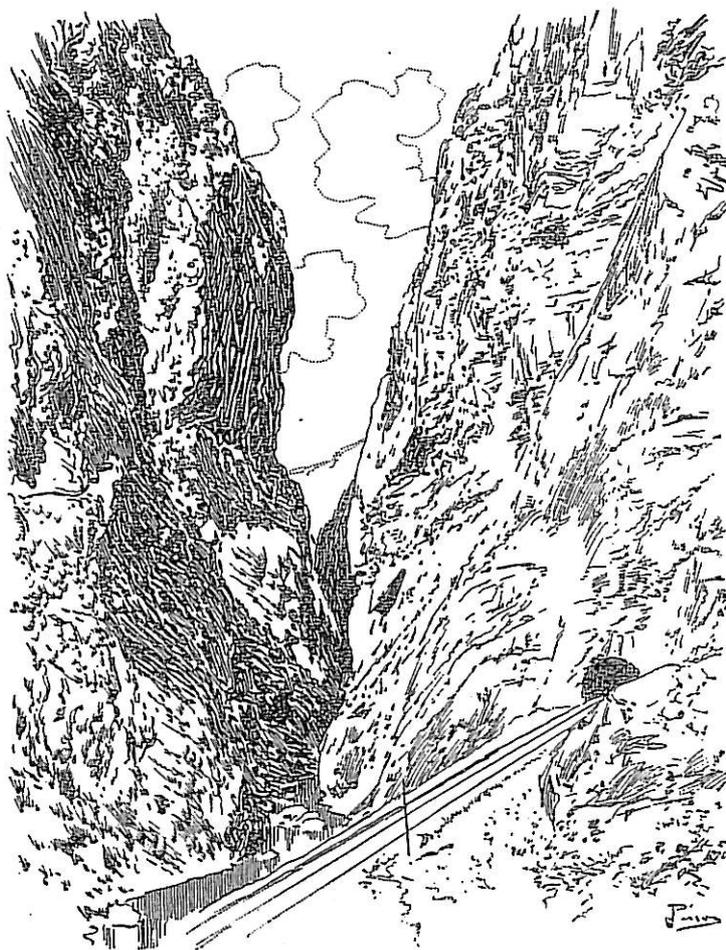
Murió Estévanez, en Madrid, el 5 de Febrero de 1867.

Si como lírico no descolló don Mariano José de Larra, como crítico literario, de que hablaremos más adelante, y como escritor de costumbres se distinguió entre todos sus contemporáneos.

El espíritu observador de aquel literato ilustre era tan intenso y tan amplio, que nada se escapaba á su penetración maravillosa.

Nacido en Madrid el 24 de Marzo de 1809, bien joven empezó á demostrar sus notables cualidades de escritor.

Uno de sus biógrafos refiere que estando en Navarra, donde su padre ejercía la medicina en la ciudad de Corella, todas las noches del frío invierno de 1822 al 23, las pasó trabajando, consagrado al estudio. Sólo á ruegos de su madre se retiraba á dormir á las más altas horas. Tradujo entonces del francés al caste-

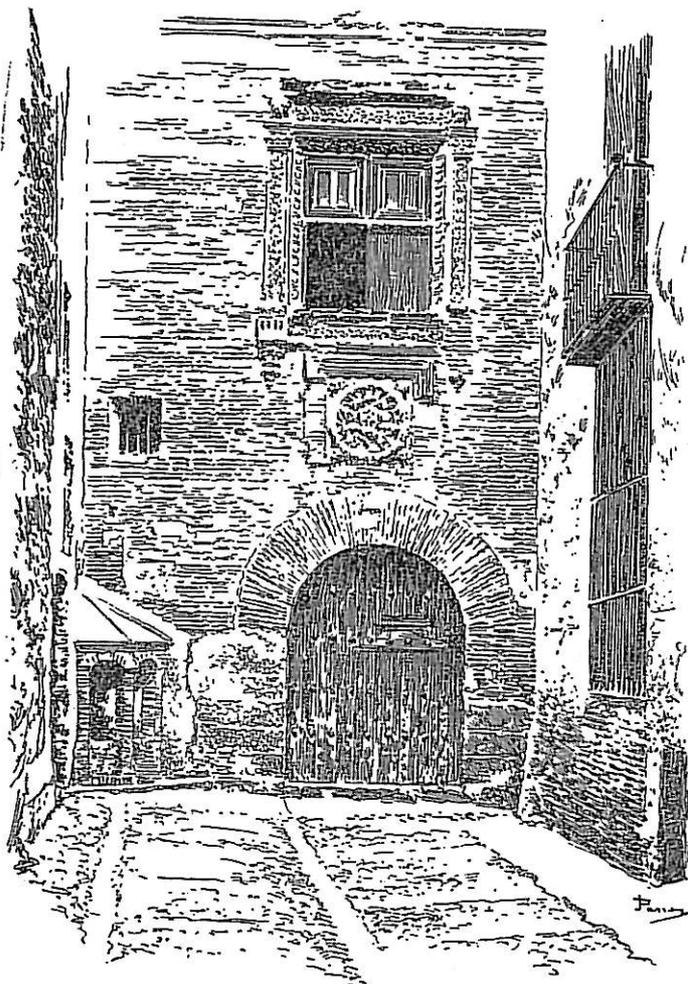


MÁLAGA (Serranías de Ronda).—Los tajos del Gaytan.

llano, *La Iliada*, de Homero, y otras obras, habiéndose dedicado también á la composición de una Gramática del idioma castellano.

Contaba 13 años cuando ofreció estas primicias de su ingenio. Instábale su padre para que escogiese una carrera. Volvió entonces á Madrid para perfeccionar su educación, que había empezado en Francia. Estudió matemáticas y aprendió las lenguas griega, italiana é inglesa. Invirtió en esto tres años. Estuvo después estudiando filosofía en la universidad de Valladolid.

Matriculóse para el estudio del Derecho, pero no continuó. La suerte se opuso



NAVARRA—Fachada del palacio episcopal de Tudela.

á ello. No había nacido para juriconsulto. Un acontecimiento misterioso que influyó poderosamente en su vida, — alguna pasión amorosa quizá, — alteró por completo el carácter de Larra. «De niño, estudioso y amante del saber (dice un escritor), confiado, vivo y alegre, como su edad requería, se hizo sospechoso, triste y reflexivo como si fuera un hombre hecho.» Una persona muy allegada á Larra pretendía que sus sentimientos fueran tan profundamente perturbados, que ésta fué la primera vez de su vida que le vió llorar sin consuelo, y aun pretendía también que de aquí provinieron todas sus desgracias.

Quiso continuar sus estudios en Valencia; pero no lo llevó á cabo.

De acuerdo con su vocación, se dedicó al cultivo de las letras, en las que llegó á ser un gran maestro, aunque muy joven, por su talento prodigioso.

Los comienzos literarios de Larra están bien expresados en los siguientes párrafos que inserta una biografía publicada en París en 1827:

«Afortunadamente para el porvenir literario de nuestro autor, después de los memorables acontecimientos de la Granja en Setiembre de 1832, la reina doña María Cristina empuñaba las riendas del gobierno durante la enfermedad de Fernando VII, é inauguraba su administración con aquella serie de medidas que hicieron entonces tan popular su admiración. Hacia la misma época (Agosto de 1832) empezó á publicar su *Pobrecito Hablador* bajo el nombre del bachiller don Juan Pérez de Munguía. Aprovechándose del cambio que entonces se hizo en la

marcha política del gobierno, desenvolvió en él con cierta libertad la especialidad de talento que le distinguía.

Zahirió sin piedad los abusos introducidos, las malas costumbres formadas, los funestos hábitos arraigados; la sociedad, la familia, el individuo, fueron el objeto de su censura en lo que ofrecían de reprehensible y vicioso; hízolo en tono burlesco y jocoso, pero no perdonó ninguna de las aberraciones más notables de la vida que se le ofrecían en el camino, ni ninguno de los rasgos característicos de la miseria terrestre que encontraba al paso. Así es que su folleto fué acogido del público, siempre dispuesto á simpatizar con cuantos le hagan reír, con un favor señalado. Preguntábase con anticipación el día en que saldría uno de los números en que el bachiller parlanchín acostumbraba reírse con tanta gracia de las cosas que tenían mal dispuestas contra sí á la mayor parte de las gentes: el partido liberal, es decir, la masa general de los lectores de aquel tiempo, empezaba entonces á respirar por primera vez, y no podía menos de ser muy de su gusto que se hiciese burla de todos los achaques del mundo, de todas las flaquezas de la naturaleza humana, lo que para él equivalía á hacerla de todo el sistema político entonces vigente. Una vez llegada la hora deseada corrian á la librería á arrancarse el folleto, que se leía y celebraba durante muchos días, y de este modo iba formándose la popularidad de que más tarde llegó á gozar nuestro autor.

El gobierno supremo no podía ver esto con indiferencia. A Calomarde había sucedido Cea en la dirección de los negocios públicos; pero los antiguos hábitos del absolutismo subsistían en toda su fuerza. Larra procuraba á la verdad abstenerse de toda expresión de que pudiera creerse envolvía una censura política; alguna que otra alusión de esta clase que se encuentra en su obra es tan tímida, tan embozada, que sólo sería capaz de resentirse el poder más desconfiado y sospechoso. Esto era sin embargo el dominante en aquella época, á pesar de todas sus pretensiones de ilustración y amor á las luces, y por consiguiente tardó muy poco en suscitar obstáculos á su publicación por medio de la censura, especie de guillotina del pensamiento que acababa con las ideas con la misma celeridad que la guillotina revolucionaria hacía desaparecer los hombres.

Aquellos á quienes el espectáculo de los excesos (no imposibles de corregir) á que se ha entregado posteriormente entre nosotros la imprenta abandonada á sí misma, pudiera haber reconciliado con una institución tan brutal y tan contraria al espíritu de la civilización moderna, harían muy bien en leer los diferentes números del *Pobrecito Hablador*, y decir después si una publicación hasta su punto inocente debía despertar las iras censorias y ser considerada poco menos que como subversiva del orden político y social. Ya hemos dicho el cuidado con que huía nuestro autor de satirizar ninguno de los actos del gobierno; con igual cautela procedía respecto de las demás críticas suyas que pudieran creerse dirigidas á persona determinada.

Véase un párrafo en que nuestro autor protesta de no abrigar segunda inten-

ción sobre este punto, y de no atender sólo al remedio de los abusos y vicios que eran objeto de su sátira, sin echar á nadie la culpa de ellos. Este párrafo está escrito con tanta humildad y sencillez que no podrá menos de hacer sonreír al pensar en los tiempos en que una salvaguardia de tal especie era pasaporte indispensable para que los censores dejaran correr ciertas palabras, de que ni el gobierno ni los particulares podían darse por ofendidos, gracias á su tono moderado y blando y á su vago é indeterminado concepto. «No tratamos (decía en una nota del número 10 del citado folleto, que es uno de los escritos con mayor libertad), no tratamos de inculpar en modo alguno por los cuadros que vamos á describir al justo gobierno que tenemos: no hay nación tan bien gobernada donde no tengan entrada más ó menos abusos, donde el gobierno más enérgico no pueda ser sorprendido por las arterias y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea. Precisamente ahora que vemos á la cabeza de nuestro gobierno una reina que, de acuerdo con su augusto esposo, nos conduce rápidamente de mejora en mejora; nosotros, deseosos de cooperar por todos términos como buenos y sumisos vasallos á sus benéficas intenciones, nos atrevemos á apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que desgraciadamente, y por la esencia de las cosas, han sido siempre en todas partes harto frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el orden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desorden, y mucho menos si se hacen las críticas generales, embozadas con la chanza y la ironía, sin aplicaciones de ninguna especie, y en un folleto, que más tiende á excitar en su lectura alguna lijera sonrisa, que á gobernar el mundo. Protestamos contra toda alusión, toda aplicación personal, como en nuestros números anteriores. Sólo hacemos pinturas de costumbres, no retratos.»

Todo resultaba, sin embargo, inútil. Aquellos escritos, aparentemente inofensivos, llevaban dentro el veneno de la más profunda sátira; contra aquella manera discreta de censurar lo nuevo, confesando que no se quería hacer nada que pudiese molestar á los gobernantes, ya estaban éstos prevenidos. El propósito de Larra superaba en importancia y grandeza de miras al plan iniciado en forma más modesta, pero con intención determinada de zaherir y reprender, por el *Pobrecito Holgazán*.

El *Pobrecito Hablador* no pudo seguir publicándose.

Acababa de ver la luz un nuevo periódico, famoso en los fastos de la prensa nacional. Titulábase *La Revista Española* y lo había fundado don José María Carnerero. Larra entró como redactor en dicho periódico, aunque hasta la muerte de Fernando VII sólo escribía artículos literarios, de teatros y alguno de costumbres.

Pero desde que las huestes carlistas aparecieron, Larra lanzó contra ellas los más acerados dardos de su pluma. En aquella perturbación total de las costumbres, Larra pintó con valiente y verídico pincel qué era la religión en la boca y en el corazón de aquellos hombres y cómo querían deshonar á España con espectáculos infames.

Son magníficos artículos de costumbres los titulados *Varios caracteres*, *Nadie pase sin hablar al portero*, *La planta nueva ó el faccioso*, *La Junta de Castel-O-Branco*, y otros.

Larra no olvidó nunca las circunstancias políticas que le rodeaban, y reseñó con mucha fidelidad y gracejo la lucha de los hombres y de las opiniones en aquellos tiempos tan perturbados y difíciles. Su talento y previsión hacían de cada artículo suyo un prodigio de buen sentido y acierto. Son de real interés y fueron celebrados en su tiempo los titulados *Ventaja de las cosas á medio hacer*, *Cartas de Figaro á su corresponsal*, *La cuestión transparente*, *La alabanza ó que me lo prohiban*.

No desmerecen de su creciente fama sus nuevos artículos de costumbres *Vida de Madrid*, *El Duelo*, *Los calaveras*, *La fonda nueva*, y tantos y tantos más.

Desde el año 35 estuvo asociado á la redacción del periódico *El Observador*, que gozó de cierta celebridad.

Figaro, dominado por amores ilegítimos, desesperado por contrariedades, había llegado á una situación exaltada é imposible.

Su hermoso artículo *El día de difuntos*, del año 36, hacía presentir una resolución dolorosa.

«Llegó, por fin, el 13 de Febrero de 1837 (dice un escritor). Su amada, después de cinco años de amores, quería romper unos lazos doblemente ilegítimos y criminales, y él lo resistía con todas sus fuerzas. Creyendo poderla decidir á cambiar de opinión, quiso tener con ella una entrevista donde invocase los antiguos recuerdos é hiciese valer sus nuevas protestas. Túvola, en efecto, en su casa la noche de dicho día, pero nada consiguió. Todos los esfuerzos del amante se estrellaron ante la impasible resolución de la mujer. Esta acabó por exaltarle con su indiferencia, por enardecerle hasta el último punto con su despego, y apenas habían pasado unos cuantos minutos después de haberse despedido friamente y sin dejarle ninguna especie de consuelo... cuando oyeron los criados de Larra un ruido que al principio tomaron por la caída de un mueble; pero que luego que entraron en la habitación, después de larguísimo rato, supieron que había sido la detonación de una pistola con que Larra se había quitado la vida. ¡Se había suicidado delante del espejo! ¡y fué una de sus pequeñas hijas la que primero echó de ver la desgracia de su padre!...»

El gran pintor de costumbres, que se suicidó á los 28 años de edad, cuando su nombre era universalmente celebrado, ha dejado tan hondos é imborrables recuerdos en la literatura nacional, que no perecerá su gloriosa memoria.

Fué el primer crítico literario y de costumbres que produjo en España el siglo XIX.

Su carácter satírico y misántropo está bien dibujado desde que empezó á escribir con el pseudónimo de *El bachiller don Juan Pérez de Munguía*.

Es muy notable su sátira contra los vicios de la Corte, sátira á que pone término en la siguiente forma:

Mal haya para siempre el torpe suelo  
Donde el pícaro sólo hace fortuna;  
Donde vive el honrado en desconsuelo;  
Donde es culpa el saber; donde importuna  
La ciencia, y donde el genio perseguido  
Ahogados mueren en su propia cuna;  
Donde no es otro mérito atendido  
Que el oro; donde al misero otropella  
El coche de un bribón vano y henchido;  
Donde en millones nada, por su estrella,  
Quien al pueblo los roba desangrado  
En un destino que le dió una bella;  
Donde al ciento por ciento da prestado,  
Sin que nadie lo mate, un usurero,  
Y vive alegre, rico y respetado.

. . . . .  
Mas yo, que soy un misero poeta,  
Antes que por decir verdades claras  
En un encierro un alguacil me meta,  
Y me cuesten mis sátiras más caras,  
O en el hospicio muera miserable,  
Quiero del riesgo huir doscientas varas.  
Que ni es licito hablar, donde intratable  
Pone á la lengua mordaza el miedo,  
Y ¡ay del primero que rompiéndola hable!

---